

Educación Sexual

Sexualidad infantil: manifestaciones actuales

Gerencia Operativa de Currículum

Ministerio de Educación



Buenos Aires Ciudad

Perspectivas y reflexiones

EDUCACIÓN SEXUAL

Perspectivas y reflexiones

Sexualidad infantil: manifestaciones actuales

Equipo Educación Sexual Integral

Sandra Di Lorenzo, Hilda Santos, Martha Weiss

Elaboración del material

Susana Toporosi

Edición a cargo de la Gerencia Operativa de Currículum

Jefe de Gobierno

Mauricio Macri

Ministro de Educación

Esteban Bullrich

Subsecretaria de Inclusión Escolar y Coordinación Pedagógica

Ana María Ravaglia

Subsecretario de Gestión Económica Financiera y Administración de Recursos

Carlos Javier Regazzoni

Subsecretario de Políticas Educativas y Carrera Docente

Alejandro Oscar Finocchiaro

Subsecretaria de Equidad Educativa

María Soledad Acuña

Directora General de Planeamiento e Innovación Educativa

María de las Mercedes Miguel

Gerente Operativa de Currículum

Gabriela Azar

Permitida la transcripción parcial de los textos incluidos en este documento, hasta 1.000 palabras, según ley 11.723, art. 10º, colocando el apartado consultado entre comillas y citando la fuente; si este excediera la extensión mencionada, deberá solicitarse autorización a la Gerencia Operativa de Currículum.
Distribución gratuita. Prohibida su venta.

© Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Ministerio de Educación
Dirección General de Planeamiento e Innovación Educativa
Gerencia Operativa de Currículum, 2014

Av. Paseo Colón 275, 14º piso
C1063ACC - Buenos Aires
Teléfono/Fax: 4340-8032/8030



La sexualidad del pasado

A cien años de que Freud escandalizara con sus *Tres ensayos para una teoría sexual*, ya nadie se atrevería a dudar de la existencia de una sexualidad infantil. Sin embargo, mucho parecen haber cambiado las manifestaciones de esta desde que Freud la describió.

Hasta hace pocos años recibíamos consultas por síntomas que daban cuenta de cómo el sujeto estaba atravesado por una lucha entre su mundo de impulsos y un superyó en el que predominaba la represión sexual, de manera semejante a lo relatado por Freud. Los niños se las ingeniaban muy bien para hacer sus juegos sexuales infantiles a escondidas de adultos que a veces ni se imaginaban que estos tenían un mundo de curiosidad y búsqueda de placer tan intenso.

Por supuesto que existían los abusos sexuales, que podían llegar a perpetuarse por años, ya que se detectaban poco y, aun en los casos en que los niños se animaban a relatarlos, frecuentemente nadie les creía. La represión sobre la sexualidad que había en la cultura no permitía imaginar que un adulto fuera a cometer semejante transgresión, y en ese sentido, los niños estaban poco protegidos de los abusos de poder de los adultos. De surgir cualquier denuncia, siempre se dudaba del niño, por considerarlo “fantasioso”. Es así como niños y adolescentes estaban expuestos a que perversos y perversas tuvieran vía libre para la realización de sus actos.

La sexualidad se sostenía entre inhibiciones y represiones, con una marcada separación entre lo público y lo privado. La intimidad era cuidadosamente guardada entre secretos, pudores y vergüenza. La masturbación, actividad exploratoria del propio cuerpo y proveedora de placer, era considerada peligrosa, y se la prohibía y reprimía.

La sexualidad y los niños de hoy: juegos sexuales, conductas abusivas y prácticas sexuales en la infancia

Hoy nos encontramos con otro panorama. Estamos en una cultura con mayor libertad sexual, aunque con nuevos problemas. Mucho de lo que antes se escondía o se condenaba hoy se muestra y hasta se exhibe. Los medios de comunicación masiva, entre ellos internet, constituyen un ámbito privilegiado para esa difusión. Imágenes de alto voltaje, más pornográfico que erótico, circulan sin cesar.

Con respecto a la masturbación, hoy tiene una mayor permisividad; ha perdido en parte su carácter prohibido y muchas veces hasta se hace pública, como expresión de la falta de bordes que separen lo íntimo de lo público. Vale la pena recordar que la masturbación es una actividad necesaria en la infancia y adolescencia, que solo debe preocuparnos como para realizar una consulta cuando es compulsiva o cuando es pública, o sea, cuando el niño no puede dejar de hacerlo

o cuando no puede contener esa actividad dentro de un espacio privado (es decir, cuando está solo).

Cuando un niño dice que al mirar lo que hacen en la tele tiene ganas de hacer lo mismo a la hermanita, no hay allí un juego sexual: solo hay una repetición cruda, desprovista de fantasía, que es más una conducta evacuativa, compulsiva, que no puede dejar de hacer, y que al no calmarlo, necesita volver a empezar. Así se expresa lo traumático. La conducta se repite una y otra vez en un intento de encontrarle un sentido que produzca calma, lo transforme y pueda ser metabolizado por el aparato psíquico.

Hablamos de **juegos sexuales**, como parte de la sexualidad infantil, básicamente cuando hay acuerdo entre ambos niños de jugar a ese juego. El mismo tiene un nivel de representación que implica una transformación. Contienen una representación de roles del adulto (por ejemplo, jugar al doctor, a la mamá y al papá). Se juega al doctor, por ejemplo, y cada uno representa un personaje: hay una transformación en la asunción de esos roles. El juego suele tener reglas, acerca de las cuales se ponen de acuerdo ambos niños; por ejemplo, un niño mira y toca a otro como si fuera un médico, y es mirado y tocado por el otro como si fuera un paciente. Otra característica de los juegos sexuales es que ambos niños suelen hacerlos en complicidad, en secreto hacia los adultos y sin relatárselos nunca.

Diferenciamos los juegos sexuales de las **prácticas sexuales** entre niños. Estas últimas tienen muy poca distancia con lo que los niños ven que hacen los adultos, que por lo general les llega a partir de imágenes mediáticas vistas por algún niño que resultó traumatizado por ellas. Tampoco hay en las mencionadas prácticas sexuales un nivel de representación ni de transformación simbólica.

También diferenciamos los juegos sexuales de las **conductas abusivas**. Cuando un niño obliga a otro y lo somete a realizar algo que no desea, se instala una situación sometedor-sometido, y lo que está en juego es el ejercicio del poder de un niño sobre otro. Esto se puede producir no solo entre un niño más grande y otro más pequeño, o entre un adolescente y un niño, sino también entre niños de edad similar. Esto suele despertar angustia en quien no pudo evitar quedar sometido, y suele ser relatado a un adulto cercano que le resulte confiable, lo escuche y le crea. En este caso estaríamos hablando de conductas abusivas de un niño hacia otro, o de un púber o adolescente hacia un niño, que diferenciamos de **abuso sexual**, ya que esta última categoría queda reservada para la intromisión de la sexualidad adulta en la infancia o en la adolescencia.

Esto no implica que el adolescente no sea responsable de lo que hizo. Hay que trabajar para que asuma dicha responsabilidad; pero se trata de un psiquismo que aún está en construcción, y hay que ser muy cuidadoso en no asignarle una identidad de abusador, lo que puede ser tan determinante para que finalmente lo sea. Muchas veces nos encontramos con actuaciones sexuales transitorias, en la adolescencia.

Cuando un adolescente realiza conductas abusivas, generalmente se produce un estallido en los adultos a su alrededor: alguien lo ve, o el niño lo relata, por lo cual se interrumpe la repetición de dicha conducta y generalmente se desata un enfrentamiento entre los adultos responsables del niño más pequeño y el adolescente que ha realizado el acto abusivo y su familia. Como esto sucede generalmente dentro de una familia o de un entorno vecino, suelen producirse rupturas y estallidos muy fuertes.

¿Que cambió en nuestra cultura para que todo esto apareciera?

Estamos frente a una “simetrización”, un “borramiento” de las diferencias entre adultos y niños. En ese sentido, hay un parámetro que conviene tomar en cuenta: recordemos cuando, años atrás, en la televisión llegaba el “horario de protección al menor”. Aparecía la imagen de un niño con una almohadita que marcaba el fin de la protección a los niños con respecto a imágenes con sexualidad adulta. Esta protección ha desaparecido. Y se produce una contradicción: mientras se duda si hablar o no de temas sexuales en las escuelas, los medios de comunicación usan la sexualidad para lograr mayor audiencia, banalizando las relaciones sexuales o usando sexo explícito entre adultos o adolescentes en telenovelas o series.

En la economía de mercado, la sexualidad es un producto para vender, un generador de rentabilidad. El mercado no funciona con ninguna otra lógica que la de vender y ganar más dinero. Internet y los medios de comunicación han contribuido a la “simetrización” entre adultos y niños: somos todos consumidores por igual, y a los efectos de vender, ya no interesa producir ninguna regulación que limite el consumo. Y estos “bordes” que deberían separar a la genitalidad adulta y a los niños también se han borrado en la vida cotidiana. Los niños y adolescentes quedan así expuestos a ver y escuchar escenas que los sobreexcitan y que no pueden simbolizar, procesar ni “metabolizar”. Encontramos así el efecto traumático por el exceso de realidad frente a la cual el yo de niños y adolescentes no tiene herramientas de simbolización ni transformación. La intensidad de estímulos que no pueden ser procesados provoca un estado hiperactivo y de excitación permanente, que a veces es confusamente diagnosticado y medicado. Muchas veces, los niños están solos frente a las pantallas, recibiendo imágenes que no pueden procesar, desprovistos del acompañamiento de adultos que intervengan para regular, contener o encuadrar lo que allí está sucediendo.

Como efecto también de esa simetrización, los discursos actuales producen realidades en que los chicos no son vistos como niños; un niño puede ser acusado por algún adulto de “violador” porque le bajó los pantalones a otro para mirarle los genitales.

Los tiempos en que la sexualidad infantil no se mostraba a los adultos y la genitalidad no se mostraba a los niños parecen haber terminado, y algunos efectos está produciendo.

Si nos preguntamos por los adultos, hay varias cuestiones para pensar. Tanto los padres como los docentes y los profesionales de la salud, muchas veces se quedan absortos frente a estas situaciones, sin saber cómo significarlas, ni cómo intervenir frente a ellas. Muchos de estos adultos, que crecieron bajo otros paradigmas, también están traumatizados. Lejos de poder ayudar a procesar, transformar, contener y distribuir ese exceso de excitación en los chicos, o se quedan paralizados sin saber que hacer o actúan compulsivamente. Por otro lado, se ha producido una apertura del tejido social, con aumento de denuncias por abuso sexual. Esto sucede en una cultura en la que durante muchos años el modelo predominante desde el poder fue el abuso sobre los más débiles en todas sus formas.

Los adultos, atravesados por el fantasma del abuso sexual, a diferencia de otros tiempos en que no se podía pensar que había sexualidad en los niños, piensan rápidamente en el abuso como posibilidad. Basta que un chico toque a otro se ve allí un abuso y se reacciona con terror. Esto de ningún modo exime de responsabilidad a un chico de 12 años de edad que es intrusivo con una niña de 5 años, pero tampoco lo identifica como abusador ni como violador. Uno de los problemas actuales es el efecto que genera en los adultos esta sexualidad descarnada, expresión de algo traumático, y carente aún de categorías para ser pensada.

Los niños necesitan de la regulación de los adultos. Así como es imprescindible que el adulto intervenga para posibilitar que un bebé deje el chupete, o realice el control de esfínteres, es necesario que los adultos intervengan para ayudar a que los niños regulen sus impulsos, tanto agresivos como sexuales. Pero, ¿cómo hacerlo?

Hay por lo menos tres posiciones posibles de identificar por parte de los adultos:

- **Tranquilizarse.** “Todo es sexualidad infantil”; por lo cual, no hace falta intervenir ni preocuparse.
- **Acrecentar el control.** Intervenir ya; esta posición lleva muchas veces a severas actuaciones violentas por parte de adultos que sienten que tienen que hacer algo pero no pueden definir cómo hacerlo, y terminan desbordándose, con severos efectos para los niños.
- **Detenerse a pensar.** Una respuesta desde un adulto que sea capaz de preguntarse qué les ocurre a esos niños, reflexiva a nivel individual o de equipo, es constitutiva del vínculo y, por lo tanto, eficaz en la regulación de la sexualidad de esos niños.

La sexualidad tiene siempre algo que es difícil de asir. En el terreno de la educación muchas veces necesitamos, para sentirnos seguros, pedagogizar, o sea, convertir una experiencia en una serie de contenidos precisos a transmitir. Parecería que en el terreno de la sexualidad esto no es tan así.

Una de las claves pasa por generar un clima de confianza para que un adolescente o un niño puedan hablar de algo que les está sucediendo o que lo angustia. ¿Cómo se construye? La conexión, el respeto a la confidencialidad, la cercanía afectiva, forman parte de las condiciones necesarias para que un adolescente o un niño comiencen a hablar. Para el adulto, la mayoría de las veces no es fácil dar una respuesta inmediata. Un adulto puede aportar una palabra válida para ese niño o adolescente cuando el adulto ha podido simbolizar previamente eso que el niño le está trayendo como inquietud. Generalmente es más importante para el joven contar con alguien que pueda escucharlo, aunque no tenga una respuesta precisa. Muchas veces, la respuesta esperada es que el docente sea soporte de una temática que angustia al adolescente y que no tiene con quién compartir. La respuesta esperada es la contención y la disponibilidad, sin juzgar. Eso ya es mucho.

Sin embargo, a veces los adultos solo valoran otorgar una respuesta que contenga una sugerencia acerca de qué es lo que hay que hacer. Muchos otros adultos, disimulan o reprimen el problema, creándose así un abismo muy difícil de retrotraer.

Tenemos que saber que muchas de las consultas o situaciones que se desatan en las escuelas relacionadas con el tema de la sexualidad producen un gran impacto en los adultos, quienes habitualmente necesitan pensar con otros sobre cada situación. Decirle a un adolescente que esto que él plantea requiere por parte del docente ser pensado y retomado en otro momento, dándose un tiempo para procesarlo primero el adulto y compartirlo con otros, lejos de resultar decepcionante, puede constituirse en una respuesta muy valorada por quien necesita ser escuchado.